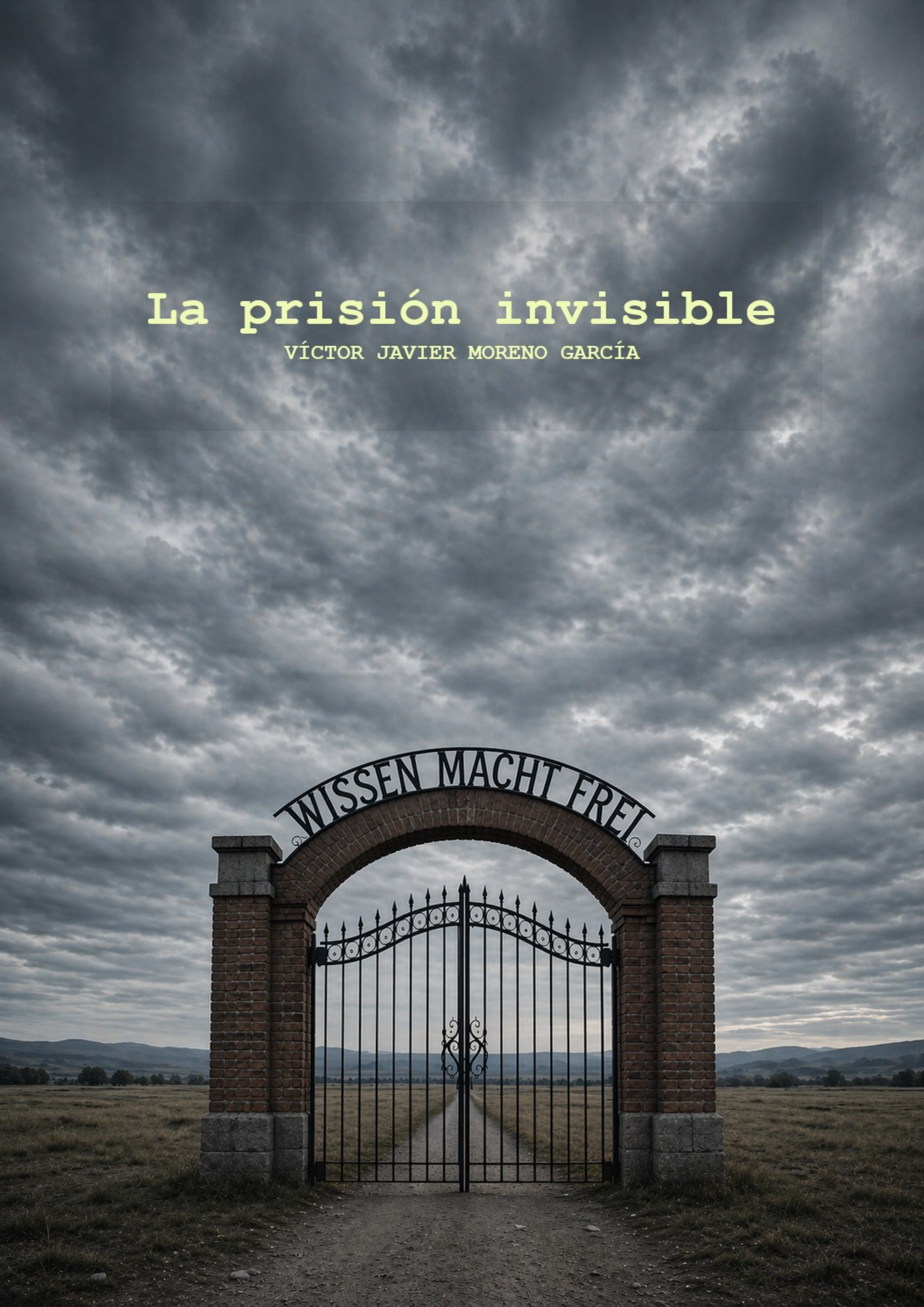
La prisión invisible

VÍCTOR JAVIER MORENO GARCÍA



La prisión invisible

© Víctor Javier Moreno García, 2026

Obra publicada digitalmente con licencia CC BY-SA 4.0
https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/deed.en

Imagen de portada elaborada parcialmente mediante chatGPT

Existía un recinto sin muros visibles, pero más infranqueable que cualquier fortaleza. Sus habitantes no llevaban cadenas en las manos, ni grilletes en los pies, y sin embargo ninguno era libre. Caminaban, hablaban, discutían incluso, pero lo hacían dentro de un perímetro invisible trazado por sus propias certezas. Era un campo vasto, ordenado, aparentemente tranquilo. A su entrada, un arco de hierro sostenía una inscripción: *"Wissen macht frei"*[1].

Los recién llegados apenas reparaban en ella. No porque no supieran leer, sino porque creían ya comprenderlo todo. Ese era el primer muro: la ilusión de saber. Se les asignaba un lugar, una rutina, un conjunto de ideas heredadas en base a las que actuar y comportarse, y que debían repetir, pulir y defender. Allí, las sombras no se proyectaban en una pared, como en la antigua alegoría de la cueva platónica, sino en las mentes mismas. Estas sombras internas eran proyectadas por sus prejuicios, dogmas, y verdades a medias aceptadas sin examen. Lo más inquietante resultaba ser que muchos preferían esas sombras a la luz, porque la luz exigía esfuerzo, les hacía sentirse incómodos, y les ponía en la tesitura de hacer elecciones y asumir renuncias.

En el centro del recinto había una biblioteca cerrada. Nadie la vigilaba ni prohibía la entrada, y sin embargo, sus puertas rara vez se abrían. Se decía que dentro no había certezas, sino preguntas; no había consuelo, sino conflicto. Aquel que entraba ya no volvía a ser el mismo.

Un día, uno de los internos —no más inteligente que los demás, pero sí más inquieto— comenzó a sospechar. No de una mentira concreta, sino del conjunto. Algo no encajaba: las respuestas eran demasiado rápidas, demasiado coincidentes, demasiado cómodas. Miró el letrero de la entrada, por primera vez de verdad: *"Wissen macht frei"*. Y se preguntó si acaso no era una burla.

Decidió acercarse a la biblioteca.

Al cruzar el umbral, no encontró luz cegadora, sino penumbra. Estanterías interminables, textos contradictorios, voces que discutían entre sí. Allí descubrió que cada respuesta abría nuevas preguntas, que cada certeza podía desmoronarse bajo otra perspectiva. Sintió vértigo, y por momentos quiso volver atrás, a la seguridad del campo, donde todo parecía claro. Pero algo había cambiado: ya no estaba tan seguro de sus certezas.

Ese fue el verdadero inicio de su libertad.

Regresó al exterior para contar lo que había visto. Mientras que algunos se reían y hacían mofa de lo que les decía, otros se sentían ofendidos y le increpaban su atrevimiento. "Complicas lo sencillo", le decían. "Aquí estamos bien". Y en cierto sentido, era verdad: la ignorancia ofrece una paz que el conocimiento destruye. Pero también encierra.

El hombre insistió. No con imposiciones, sino con preguntas. No con certezas, sino con dudas. Algunos, pocos, comenzaron a seguirle. No hacia una salida visible —porque no había puertas que cruzar— sino hacia un proceso: leer, contrastar, pensar, equivocarse, volver a intentar y equivocarse de nuevo tantas veces fuese necesario.

Entonces comprendieron el sentido del letrero.

No era una promesa automática. No bastaba con estar allí, ni con repetir palabras como "conocimiento" o "verdad". "Wissen macht frei" no era una garantía, sino una tarea que no se presentaba ni fácil ni inmediata. El saber no liberaba por sí mismo: liberaba a quien estaba dispuesto a buscarlo,

1 "Wissen macth frei" hace alusión al mensaje que reinaba en los campos de concenetración nazis, donde se podía leer "Arbeit macht frei" = "El trabajo os hará libres". En este caso, se emplea la palabra "Wissen" para hacer referencia a la sabiduría, no tanto en el sentido de ser más o menos estudiosos o doctos en tal o cual disciplina, sino por el hecho de ser conocedor de aquello que atañe a cualquier instante en el que hayamos de poder actuar libremente, sea en la circunstancia que sea.

a cuestionarse, a incomodarse.

El campo seguía en pie. Muchos permanecían dentro sin sospechar nada. Pero para aquellos que habían empezado a cuestionarse las cosas, los límites comenzaron a disolverse. Ya no caminaban en círculos, aunque el suelo fuera el mismo. Ya no obedecían sin examen, aunque las voces fueran las mismas.

Porque habían descubierto algo esencial: la prisión no estaba en el lugar, sino dentro de ellos mismos. Y la salida no era un camino que andar, ni una puerta que cruzar; sino una actitud.

La curiosidad, como una grieta en el muro invisible, dejaba pasar la luz. Y por esa grieta —estrecha, exigente, siempre incompleta— comenzaba la libertad.